

AJUDA

SEMANARIO DE LA SOLIDARIDAD

ATUDA

AÑO I.—Núm. 36

Madrid, 2 de enero de 1937

Precio: 15 cts.

Los niños rusos disponen de lo que hasta hace años no disponían: de juguetes a los que endosar su fantasía y con los que construir, con sueños que dejan huella para el resto de la vida, su pequeño paraíso. Los niños de la España libre y en armas tendrán este año, merced a la generosidad de millones de personas, lo que la casta que nos dominaba había hecho privilegio exclusivo de sus hijos: juguetes y libros con que estimular su espíritu y crear sus castillos imaginativos de una sociedad mejor.

Las abarcas desiertas

Por el cinco de enero,
cada enero ponía
mi calzado cabrero
a la ventana fría.

Y encontraban los días,
que derriban las puertas,
mis abarcas vacías,
mis abarcas desiertas.

Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras:
siempre tuve regatos,
siempre penas y cabras.

Me vistió la pobreza,
me lamió el cuerpo el río,
y del pie a la cabeza
pasto fui del rocío.

Por el cinco de enero,
para el seis, yo quería
que fuera el mundo entero
una juguetería.

Y al andar la alborada
removiendo las huertas,
mis abarcas sin nada,
mis abarcas desiertas.

Ningún rey coronado
tuvo pie, tuvo gana
para ver el calzado
de mi pobre ventana.

Toda gente de trono,
toda gente de botas
se rió con encono
de mis abarcas rotas.

Rabié de llanto, hasta
cubrir de sal mi piel,
por un mundo de pasta
y unos hombres de miel.

Por el cinco de enero,
de la majada mía
mi calzado cabrero
a la escarcha salía.

Y hacia el seis, mis miradas
hallaban en sus puertas
mis abarcas heladas,
mis abarcas desiertas.

MIGUEL HERNÁNDEZ.



De los pioneros rusos a los pioneros españoles

MUY BIEN, LUCHAIS CON VALENTIA

Marcos: ¡Salud!

Soy alumna de la escuela número 24 de la clase V.

Yo he leído en «La Verdad de los Pioneros» la lucha cruenta de Madrid y las barbaridades de los fasciosos. Pienso que seguramente vivís en malas condiciones. Tengo muchas ganas de verte y apretarte fuertemente la mano. También tengo ganas de luchar contra los fascistas con el fusil en la mano.

¡Muy bien, Marcos!; muy bien: lucháis con valentía y no entregáis Madrid a los fascistas.

Marcos, ¿estás ahora estudiando en la escuela?

Mándame una insignia del Frente Popular, y escríbeme una carta diciendo cómo vivís en Madrid. Bueno, hasta la vista, y no te olvides de escribirme y mandarme la insignia.

SONIA

Mis señas: Timir Amerdinof.-Espero tu carta.

¡SIEMPRE ALERTA!

Queridos camaradas pioneros de España: Somos los pioneros de la escuela de Marxstadt, de la República de los alemanes del Volga, en la U. R. S. S. Os mandamos un cariñoso saludo de los pioneros del proletariado.

Nosotros estudiamos en el libre país de los Soviets. En el país donde la vida es alegre y feliz, donde los niños tienen todas las posibilidades para trabajar bien y llegar a ser ciudadanos útiles de nuestra sociedad socialista. Seguimos con mucho interés vuestra lucha frente al maldito enemigo del proletariado: el fascismo. Nosotros nos alegramos con vosotros de vuestros éxitos, y estamos orgullosos de los pioneros de vuestro país, que toman parte tan activa en la lucha contra el fascismo.

Por iniciación de nuestros pioneros en la escuela, hemos organizado una

recaudación libre para los niños de la España libre. Todos los niños de nuestra escuela han respondido gustosamente al llamamiento de nuestros pioneros, y lo que hasta ahora hemos recaudado va incluido en la suma total de la colecta organizada en todo el país de los Soviets.

Os deseamos cada vez mayores éxitos en la lucha que vuestros padres y vuestras madres sostienen contra el fascismo, y estamos seguros de que el cercano porvenir de España será el de un país libre lo mismo que el nuestro. ¡Viva el heroico partido comunista de España, el organizador y el guía de la España proletaria!

¡Pioneros, por la causa de la clase obrera!

¡Siempre alerta!

DESDE KASAJSTAN

A Carlos de Marcos, con un saludo de pionero.

Carlos de Marcos: Yo vivo en Alma Ama, la capital de Kasajstan. Kasajstan pronto será una República de la Unión, y esto demuestra cómo se fortalecen y crecen los pueblos de la U. R. S. S. Nosotros sabemos que vosotros estáis en guerra con los sublevados fascistas, los cuales quieren ahogar en sangre la joven República española. Pero no, España no será nunca de los fascistas, y nosotros decimos con vosotros: ¡No pasarán! Nosotros hacemos colectas para las mujeres y los niños españoles.

Con mucho interés seguimos vuestra lucha y nos alegramos con vosotros de los éxitos obtenidos en el frente.

El día 17 hemos celebrado nosotros el 19º aniversario de la Revolución de Octubre. Un saludo para todos los pioneros de Madrid. Tengo muchas ganas de cambiar cartas contigo. Contéstame. Luchad bravamente y no olvidéis a los pioneros de la U. R. S. S.

ALEXEI KOFANOV

Alumno de la Escuela número 30 de la clase 5. Alma Ama. Y 3 dekekiar 81. kb. 27.

VOSOTROS SEREIS FELICES COMO NOSOTROS

Querido camarada Carlos: He leído tu carta en nuestro periódico «La Verdad de los Pioneros», y quiero escribirte. Soy alumno de la clase número 8 del pueblo de Sverdlovsk, en el Ural. Nosotros hemos recaudado dinero para las mujeres y los niños de la España heroica. No importa que nos separen grandes distancias. Nosotros estamos seguros de que los fascistas no pasarán.

Nuestros padres nos han conquistado una niñez alegre y feliz. Vuestros padres van a conquistar también para vosotros la felicidad. Vosotros seréis felices como nosotros.

Nosotros seguimos con mucho interés y mucha intranquilidad vuestra lucha. Vosotros tenéis que triunfar. España será libre.

Con un saludo de pionero,

OLGA COSLOVA

P. S.—Escríbeme cómo vives y cómo estudias; en qué clase estás, cuántos años tienes. Mis señas son: Chepgebek, Aumona Bank, yau Nro. 17 kb. 2. Te lo ruego mucho, escríbeme. Vamos a cambiar cartas. ¡Viva la España libre! ¡Viva España! ¡No pasarán!—OLGA.

UNA PIONERA RUSA CON GORRO A LA ESPAÑOLA

Querido camarada: He leído tu carta en «La Verdad de los Pioneros». Ahora te contesto. Yo vivo en país feliz, dedicado de todo corazón a vosotros, los hijos de la España heroica que lucha contra el fascismo. Nosotros recaudamos dinero para las mujeres y los niños de la España libre. Yo he dado cinco rublos.

Tenemos la seguridad; vosotros venceréis, y los sublevados no entrarán en Madrid. Con mucho interés sigo yo en los periódicos los acontecimientos de esa lucha.

Te ruego, querido camarada, que me escribas.

ELLA SOLOTOROVA

Me he hecho un gorro a la española y he salido con él al desfile del día 7 de noviembre. Vosotros venceréis. ¡Salud!



Juguetes para los niños de España

Quien llama hoy a vuestras puertas lo hace en nombre de los niños españoles. Nunca la infancia propia está tan lejana para no conmoverse cuando se oye su voz. Y hoy habla alto, con la seguridad de que ha de llegar a todas partes, porque viene de los tiempos dormidos en la memoria de los hombres. Os llamamos con las manitas más débiles del mundo, con los dedos manchados de tinta azul de los nuevos colegiales. La guerra civil los ha dispersado sobre los campos que llevan hacia el mar. Pronto aparecerán los días de los niños. El frío del invierno les hace sonreír un poco pensando que se acercan, con los días oscuros, las horas impacientes. No hay colegio. Hasta en la casa más pobre se come mejor. Toda una literatura tradicional que pasó por los engarces de varias generaciones de abuelas ha formado la imaginación de los niños del mundo. Unos confiaban en Papá Noel, otros en los Reyes Magos. Lo sobrenatural debía producirse. La nieve impedía oír las pisadas amigas que ofrecían regalos. Todo eso era antes, sucedía antes, cuando el reloj de Gobernación podía anunciar un nuevo año y los niños abrir la boca cerrando los ojos para que su madre los creyera dormidos. Podían ser cosas del pasado, pero hoy el cañón y las bombas se han encargado de romper los cristales inocentes y los niños de España han visto arder la calle donde jugaban y desplomarse la casa y volar las fuentes donde antes que ellos emigraron los pájaros. Nuestros niños han ganado la madurez que da la pena. Se han quedado sin padres, sin hermanos, saben bien que el monstruo oscuro que asesinó nuestras calles se llama fascismo, se han dado cuenta de que los hombres sufren y algunos de ellos en el filo de la infancia han tomado el fusil. ¡Qué difícil es hacerse abandonado cuando el heroísmo es tan niño y tan tierno! Las manecitas de las madres futuras tejen para los

milicianos, hilan su vida lejos de sus madres, aprendiendo a serlo, a crecer, a incorporarse al paisaje presente y a la vida futura. Todos ellos niños de la España laboriosa, hijos de los que están defendiendo la libertad de la tierra española a flor de ella o bajo su raíz os llaman. Necesitan juguetes. Debemos urgentemente organizar su alegría tradicional. Hay que hacer reír a nuestros muchachos, que un reguero de vida se extienda por los caminos y veredas, llegue a las aldeas, ciudades y pueblos, busque las guarderías infantiles, las escuelas, las casas y deje en todas las manos un trocito de nuestro gran amor. Amor militar el que sentimos hacia nuestra infancia, amor, por tanto, de paz, puesto que para defender la paz de su escuela, de su universidad de más tarde, de su taller, inquietan hoy el aire las balas amigas.

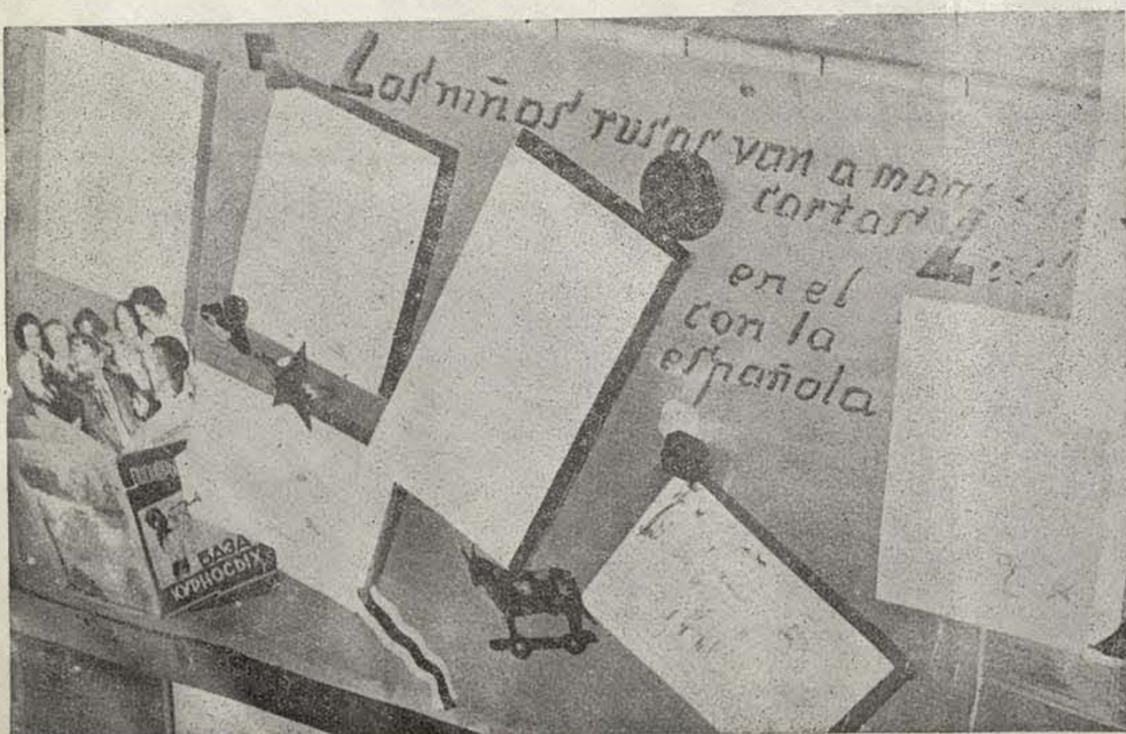
Os llamamos a vosotros los que alguna vez comprasteis juguetes para vuestros hijos, a los que sentisteis el calor de pájaro indefenso que tiene un niño, a los que os creéis en seguridad lejos de la batalla defendidos por nuestros milicianos. A todos, a todas las mujeres. Es preciso que no sintáis remordimiento al ver a nuestros niños sin juguetes, los necesitan más que pan. Del día primero de enero al seis los niños de España deben recibir nuestra caricia, la caricia de su Patria nueva justa y buena, donde no consentiremos un niño descalzo, ni analfabeto, ni triste. Y no serán ya los viejos Reyes Magos con caballos de plata los que crucen la noche, sino el 5.º Regimiento, quien enviará a sus mejores milicianos, a los jóvenes cazadores de tanques. Y los chicos verán en ellos los héroes que hoy enriquecen nuestra historia. Y serán su ejemplo. Y soñarán con alcanzarlos.

¡Hombres y mujeres de España! ¡Juguetes para nuestros niños, para nuestros hijos!

MARI TERESA LEÓN

ARCHIVOS ESTATALES

EL DIA DEL NIÑO.—En medio de los horrores de la guerra debemos de alegrar la vida de los niños, esas pobres vidas que debido a la canalla fascista son tan trágicas hace unos meses. Son muchos los que están en pugna con esta idea. "Es una fiesta religiosa"; ¿qué importa esto? Nosotros no perseguimos más que un fin: no dejar al niño precisamente ahora sin su fiesta. Es la fiesta del niño, no el día de reyes. Los fasciosos han destruido la alegría de los niños; unos tienen sus padres en el frente luchando precisamente por salvar sus vidas; otros... ya no. Los más tienen grabadas en sus retinas el horror de sus casas destruidas; en sus mentes, el silbar de los obuses traidores, el espanto de las bombas incendiarias lamiendo con sus llamas paredes y suelos y la tragedia de la huida a través de peligros sin cuento, del frío y a veces del hambre. No es suficiente cubrir sus cuerpos y saciar su hambre; es preciso devolverles su alegría; es preciso distraer su imaginación con lo más deseado por los niños. ¡Poseer un bello juguete! Hagámosles olvidar esa terrible pesadilla, demosles muchos juguetes. ¿No es un placer casi divino hacer brillar la alegría en sus ojos y florecer la alegría de su boca? Dejémosnos de sutilezas; alegremos con un rayo de sol sus vidas oscurecidas por la traición fascista; celebremos un año más la fiesta del niño en la misma fecha, y sigamos trabajando y luchando porque en el año que viene podamos empezar una nueva vida para el niño, que es porvenir de España.



Los niños víctimas del fascismo

Aquellas boquitas abiertas...

Muchos les hemos visto. La primera y última expresión bajo la metralla quedó impresa en sus caras. Quedará impresa en la Historia. Se ha repetido muchas veces en Madrid. Los niños obreros abrieron sus ojitos espantados, abrieron sus boquitas, se agarraron a las madres.

¡Aquellas boquitas abiertas, aquellas caritas de cera ensangrentada, aquellos cuerpecitos destrozados! Humeaban aún los escombros cuando visitamos el último "campo de batalla" del fascismo; aquella barriada obrera que desemboca en el Campo de los Hornos. Todavía se estaban sacando desgarros de cuerpos y cuerpos calientes, pero sin vida, de debajo de las chozas demolidas. Y hemos visto, fijo en los rostros de las víctimas, su última expresión, su último mensaje al mundo.

Rosarito.

Al otro día del bombardeo la radio anunció que en el Hospital Obrero se hallaba una niña, herida de gravedad. Tenía unos cinco meses, y el fémur fracturado. Se desconocían sus padres. Un compañero de Izquierda Republicana se la había encontrado entre los escombros.

Pasaba por allí, justamente después del bombardeo, cuando los aviones operaban ya sobre campo abierto. Un pie y una mano de criatura asomaban junto a un montón de cascotes. Al principio la creyó muerta. Al convenirse de que vivía la llevó al hospital.

El padre resultó ser un guardia de Asalto. La madre se hallaba muy grave en otro hospital. La abuela ha desaparecido. Todos los esfuerzos por encontrarla han sido inútiles. Se supone que ha quedado hundida bajo algún montón de tierra y escombros, donde no se ha llegado todavía.

La madre de Rosarito, como tantas otras, salió a la calle con ella en los brazos en busca de campo abierto donde tirarse al suelo. Una bomba le había deshecho la parte posterior de la casa. Al salir, otra bomba cayó en medio de la calle, y luego otra en la casa. La abuela había quedado en la casa...

Marianito.

En el Hospital Obrero nos presentan ante todo a Marianito. Acaba de recibir la visita del padre. Y esta criatura de tres años, que resistió valientemente una delicada y grave herida en la cabeza, llora al quedarse solo en brazos de extraños, que le quieren como si fuera suyo.

Marianito Zorrilla, de la calle Marqués de Viana, es un héroe minúsculo y sorprendente. Lloro por el padre, no contesta a nuestras preguntas; pelea por salir a la calle con su cabecita vendada y su carita arrebolada. Sólo a un signo responde rápidamente, cambiando de humor: cuando ve alzar el puño, alza también el suyo y mira fijamente, callado, al que lo hace, como para cerciorarse de si es o no de veras.

—Papá—dice al fin—es de la C. N. T. Yo soy comunista.

Su madre fué sacada muerta de debajo de los escombros. Le dicen que vendrá otro día. Entonces pide su hermano, que tenía dieciséis años, y también ha muerto. Luego se acuerda de su hermanita, de nueve años, que está herida de gravedad en el Hospital General...

Tal es el cuadro de la familia Zorrilla, de Tetuán de las Victorias. ¡Con qué rabia seguirá alzando el puño esta criatura al crecer!

«No es nada, mamá; no es nada.»

Pasamos a otra sala. Aquí, una madre triste y enlutada vela a un chico de siete años. Este abre los ojos, mueve la cabeza, y los vuelve a cerrar. Los dos tienen el color de la piedra calcinada.

—Ha perdido mucha sangre—nos dice ella—. Estaba jugando en la calle, con su hermano, cuando le alcanzó una bala en el vientre. Su hermano, ni siquiera se dió cuenta. El entró

con las manitas en la herida, chorreando sangre. Lo primero que me dijo fué: "No es nada, mamá, no es nada". Nosotros creímos también que no era nada. Pero perdió mucha sangre, y aunque está fuera de peligro, ha quedado muy débil.

Esta familia había sido evacuada de Leganés un día antes de entrar allí los fascistas. Se refugiaron en casa de un hermano de ella. Días después, una bala perdida, procedente sin duda del frente cercano, alcanzó al pequeño Daniel Iruela. La madre se pasa día y noche a su lado.

La graciosa Rosita.

Nuestro recorrido entre cuadros de dolor se alegra en presencia de esta Rosita Domínguez. Y no porque su caso sea más leve, sino porque es una niña toda gracia. Tiene ocho años. Está sentada en una silla extensible junto a su hermana María, que está más grave.

—Yo pronto voy a salir. Ya no falta más que salga el pellejo.

—¿Dónde piensas ir cuando salgas? —A mi casa no. Todos los cristales están rotos. Y la mitad de las paredes están caídas.

—¿Qué eres tú?

—Anarquista.

—¿Por qué?

—Porque sí. Porque mi padre lo es. Y porque a mí me gusta serlo.

Contesta a todo con una rapidez y una precisión sorprendentes.

—¿Qué juguete te gustaría?

—Una muñeca con una carretilla.

—¿Y un cañón no, para tirar a los fascistas?

—También, también. Y un fusil.

Ni ríe ni está triste. Nos cuenta cómo fué. Cuando las bombas comenzaron a caer sobre Tetuán, ella salió de las primeras hacia el Campo del Horno. Los "cazas" fascistas persiguieron a los fugitivos con ametralladoras, mientras los de bombardeo seguían descargando sobre las casas. A la hermana de Rosita le alcanzó un pedazo de metralla. A ella le dió una bala (un balín, dice ella) en un pie. La madre, que quedaba retirando la comida del fuego, se salvó casi providencialmente.

Muerta en brazos del padre.

Las víctimas infantiles de Tetuán no son las únicas. Un camarada nos lleva junto a las camas de una familia de Pozuelo. Son el padre, la madre y un niño de siete años, rubio como un sol. Evacuados de Pozuelo, donde eran activistas del S. R. I., pasaron a Majadahonda poco antes de ser atacada aquella plaza por el enemigo. Se había dado la orden de evacuar también Majadahonda. Venían los aviones negros.

La familia salió a la calle, camino del monte. El padre llevaba en los brazos a una niña de cuatro años. La madre, de la mano al que ahora convalece a su lado.

La población civil formó pronto una mancha visible sobre el campo. Los aviones despreciaron las casas vacías para atacar a los que huían de ellas. Un pedazo de metralla alcanzó a la pequeña que iba en brazos. Quedó muerta al instante. El padre se echó al suelo, amparando lo que era ya cadáver con su cuerpo, y le alcanzó otro fragmento de metralla. Más allá, separadas por pocos metros, caían la madre, y el chico Manuel Mateos.

LUCAS ELENSI



Los niños tiznados de España

Los he visto pasar, durante mucho tiempo, al lado mío. He vivido muchos años junto a ellos, esos niños tiznados que van descalzos y sucios, errantes y medio desnudos por los muelles, pordioseando, con su lata vacía, las sobras de la escasa comida de los marineros. Son niños huraños, desconfiados, cuya mirada es difícil encontrar bajo las manchas oscuras del carbón, y aún más difícil bajo las manchas ariscas que el mal trato diario, el desprecio, el abandono, la miseria y el hambre han ido dejando constantemente en la temblorosa soledad de su infancia. Se les ve cruzar como sombras miedosas, chorreantes de hollín y de lluvia, y acercarse sin preguntar a los costados de los grandes buques para mirar por las rendijas de las claraboyas el misterio luminoso de la vida que encierran bajo los hie-

rreros curvos de su casco. Se les ve, durante los madrugados de frío, apeletonarse temblorosos unos contra otros, buscando abrigo para descansar, bajo las grandes cajas de mercancías que aguardan en los muelles.

Yo he visto jugar a estos niños. Sí, los he visto nadar desnudos bajo el agua sucia, grisienta, del puerto y subir luego medio asfixiados, sonrientes, llevando entre los manos algunos trozos de carbón que le iban a producir unos céntimos para aquel día. Estos son los únicos juegos de los niños tiznados.

También he visto pasar a mi lado, he vivido mucho también con los niños areneros, hijos de pescadores; niños sonrientes, con la sonrisa precoz de la tristeza; niños con miradas de cobre, en las que saben ya alternar, con la dureza del reproche justo, la

dulzura paternal del reconocimiento.

Estos niños sin escuela apenas tienen día suficiente para terminar su trabajo; trabajo que a veces realizan dentro de las mismas cuevas que les sirven de viviendas. Cargan con la arena los sacos pesados que desfiguran sus espaldas, y allí van ofreciendo su pobre mercancía, que casi siempre es rechazada o recibida entre desprecios y malas palabras. Recuerdo, entre los niños areneros de Málaga, de Miraflores, del Palo, el número de los pequeños camaradas muertos en los derrumbamientos de las minas, cuando recogían la arena que iba a producirles unos céntimos, y a veces sólo un pedazo duro de pan con que matar el hambre de la jornada.

Estos son los únicos juegos que a estos niños ofrecen los que hoy, del

otro lado de nuestra guerra, se alzan contra la España que nació de paz, de igualdad de derechos y de trabajo.

Ellos, los que han pasado junto a estos niños sin verlos, los que con la organización sangrienta de su sistema social fueron causa del desnivel trágico en que vivieron, no escatiman ahora tampoco ninguno de los medios de destrucción para impedir el avance natural hacia una era en que los niños desconozcan la injusticia actual por la que sufren.

Vosotros, niños areneros, niños tiznados de los muelles, niños abandonados, que sólo habéis conocido como único abrigo el de la humedad salobre de los puentes; hijos de los antiguos obreros parados, que antes paseabais vuestros enormes ojos hambrientos por los escaparates repletos

de las ciudades... Vosotros ya conocéis de pleno el escándalo, el dolor, el espanto y el color de vuestra sangre sobre las piedras derramada cobardemente. Alguno de vosotros, ya adolescente, ha sabido escoger su lugar en la lucha.

Aguardad. Nosotros os prometemos, niños españoles, niños tiznados de los muelles, que muy pronto podréis tener juguetes, libros, bibliotecas y aire pleno para jugar, y esta vez lo tendréis sin miedo, porque será vuestra toda la playa, todo el mar, toda la tierra en que juguéis.

¡Madres españolas, hombres libres, luchadores de nuestras filas, contribuid todos para que estos niños puedan jugar entre nosotros este año!

Emilio PRADOS

Niños en Madrid y en Valencia



MADRID BAJO LOS BOMBARDEOS

Los niños no tienen ningún valor para el fascismo. Saben que los obuses que arrojan sobre Madrid matarán a los hombres del mañana, pero siguen bombardeándonos, como queriendo infundir con ello terror en la población civil y sembrar la desmoralización entre los combatientes que delante de sus hijos dan el pecho para que no pasen.

Los niños son las mayores víctimas del fascismo. En los niños debemos ver a los forjadores de la España nueva. Son para nosotros una riqueza invaluable que debemos conservar contra los ataques más desesperados de las hordas que están a las puertas de Madrid.

Por ello, la evacuación de los niños es una de las mayores preocupaciones de la retaguardia. Cada nuevo obús que cae en las calles de Madrid debe ser un aldabonazo en

nuestra conciencia. Y cada nuevo obús, cada nuevo bombardeo, supone un aumento considerable en el número de niños evacuados de la capital de España.

MÁS DE NOVENTA MIL NIÑOS EVACUADOS DE MADRID

La estadística de los evacuados infantiles no se puede precisar concretamente todavía. Entre las organizaciones que más se han preocupado de esta evacuación se encuentra el So-



corro Rojo, la Federación Nacional de Pioneros y el Comité auxiliar del Niño, dependiente de la Conserjería de Evacuación de la Junta de Defensa de Madrid. El número de niños evacua-

dos por el S. R. I. se eleva a unos doce mil; los Pioneros, a unos diez mil, y el Comité auxiliar del Niño, a ocho mil quinientos. Por su parte, todas las organizaciones antifascistas de Madrid se han preocupado asimismo de la evacuación de los niños, que suponen una totalidad de unos noventa mil, repartidos por las regiones de Levante y Cataluña.

EN EL CAMINO DE VALENCIA

Después de estos datos estadísticos, fácilmente se comprenderá cómo la población infantil evacuada inunda todo el Este de España. En el camino de Valencia y Alicante, por todos los pueblos del recorrido se nota, sobre todo, un exceso de población infantil. Los niños correetan por las calles, ajenos ya a la guerra. Han dejado de oír el estallido de los obuses y entre los naranjales nuevos motivos atraen su imaginación. Sin embargo, cada uno tiene su pequeña historia, la historia de todos los niños españoles de hoy día.

LOS NIÑOS DE TETUÁN DE LAS VICTORIAS

Pepito, Cristóbal y Merceditas Ca-zorla Ibáñez tienen, respectivamente, cinco, seis y siete años. Son de Madrid y vivían en la populosa barriada



de Tetuán de las Victorias. Cuando jugaban en la calle, los pajarracos extranjeros nublaron el suelo de Madrid en busca de concentraciones de gente. Desde lo alto se observaba bien el barrio de Tetuán. Allí abajo deambulaba una población hambrienta y depauperada...

Cuando el fascismo se levantó en armas, la popular barriada de Tetuán de las Victorias dió casi todos sus hombres para el frente en defensa de sus libertades. Por eso, al volar los aviones extranjeros sobre Tetuán había muchas más mujeres y niños que hombres. Y bombardearon Tetuán los

fascistas. Sobre la barriada cayeron varias bombas potentes de aviación, que terminaron de derrumbar las des-tartaladas viviendas. Dentro de ellas quedaron sepultadas familias enteras, mientras que en las calles los trozos de metralla cazaban a los transeúntes. Pepito, Cristóbal y Merceditas es-



taban jugando en la calle. Sus cuerpecitos burlaron inocentemente a la metralla fascista. Al ver lo horrendo del crimen, al abrir sus ojos infantiles ante los cuerpos sangrantes y ante los llantos de las mujeres, los tres niños salieron corriendo de Tetuán camino del centro de Madrid. En sus mentes se ha grabado una de las estampas que estos días está ofreciendo el fascismo a la civilización... Y ya en Madrid se perdieron entre el ajeteo de la ciudad. En medio de la calle, llorando, los recogió una mujer del pueblo y espontáneamente los llevó al Socorro Rojo. Desde aquí los evacuaron a Valencia, a una Guardería infantil.

Ahora juegan con los otros chicos, como si ya hubieran olvidado aquello. Pero al preguntarles de dónde son y cómo se llama su padre, sus rostros se han cubierto de tristeza. Bajan la cabeza y miran al suelo. Ellos no recuerdan el nombre de la calle donde

vivían... Solamente nos han dicho: —Tenemos un hermano. Está con su madre.— —¿Y dónde se encuentra ella? —En casa...

EPISTOLARIO INFANTIL

Otros niños saben de sus padres. Están en los frentes, luchando por porvenir. Ellos nos dicen, orgullosos hijos. Tengo dos: la mayor se llama «MI PADRE ESTA EN EL FRENTE» y el pequeño, que está en las trincheras, se llama Jorge. Te repito que esta correspondencia se corta. Y cada vez que yo escribo a tu padre, me da pena porque me da pena que él no se acuerde de mí. Pero yo sé que él me quiere mucho y que me va a escribir pronto.

A nuestras manos han llegado cartas de tu madre, que me dice que ella también te quiere mucho y que me va a escribir pronto. Cuando yo escribo a tu madre, me da pena porque me da pena que ella no se acuerde de mí. Pero yo sé que ella me quiere mucho y que me va a escribir pronto.

«Compañero: Tu hija Mari-Tere me ha escrito que ella también te quiere mucho y que me va a escribir pronto. Cuando yo escribo a tu hija, me da pena porque me da pena que ella no se acuerde de mí. Pero yo sé que ella me quiere mucho y que me va a escribir pronto.»

Esta clase de cartas se cruzan con frecuencia entre Madrid y Levante. Los vecinos acogieron con el celo de los niños mayores también escriben a los niños de la guerra, que tanto les gusta hacer y haciéndoles participar de su sufrimiento y de sus alegrías. Otra de las cartas que hemos leído es de un niño eva-

cuado en Cataluña, que se dirige a su padre de esta forma: «Papá: Te digo que estamos muy alegres todos. Papá: Ya me dirás si Pedro y Mariano han salido para el frente...», y a continuación, sin cortar la frase, dice: «... pues aquí están buscando una habitación grande para

cuando en Cataluña, que se dirige a su padre de esta forma:

«Papá: Te digo que estamos muy alegres todos. Papá: Ya me dirás si Pedro y Mariano han salido para el frente...», y a continuación, sin cortar la frase, dice: «... pues aquí están buscando una habitación grande para



Colegio», como dando a entender la ligazón que tiene el que sus hermanos vayan al frente y el Colegio que van a abrir en su nuevo pueblo.

PUEBLOS INFANTILES

A lo largo de los caminos de Levante, infinidad de pueblos, ocultos entre naranjales, se ofrecen a nuestra vista. En las calles juegan niños, y en las afueras de los pueblos, cerca de las huertas, a lo largo de la costa mediterránea, los niños madrileños viven alejados de la guerra. El saludable clima levantino acaricia sus mejillas, a la vez que la solidaridad de toda la región está atenta y vigilante. Tantos niños llegan a adueñarse de los pueblos. Hay calles en las cuales nada más que se ven chiquillos, como si viviéramos en una ciudad infantil. Cada familia tiene a sus chicos madrileños, andaluces, extremeños...

Frente a la playa de Malvarrosa, en uno de los míseros barracones, una

familia de pescadores nos ha descubierto con sencillez la grandiosa solidaridad valenciana:

«Somos cinco de familia. Mi hijo mayor está en el frente de Teruel. Y ocupando su cama y su puesto en la mesa tenemos un niño de Madrid. Si pudiéramos, tendríamos más; pero no cabemos en el barracón...»

La orientación oficial en la evacuación de chicos, es que éstos no vayan a las capitales donde haya aglomeraciones de gente; también es contraria a que en los pueblos se concentren muchos niños en Guarderías grandes, porque pudieran ser blanco de la aviación.

Los niños están comúnmente repartidos entre las familias del pueblo. Cuando llega una expedición de Madrid—y más si ésta es procedente de una Guardería—, los niños van al mismo barrio. Viven en casas colindantes y todo el día están juntos. Las organizaciones se encargan de que tengan también su Casa de Pioneros, para reunirse de vez en cuando. Es una manera de suplir la Guardería, donde pueden recibir una educación más completa.

HOGARES INFANTILES

No por eso faltan los «Hogares Infantiles». El Socorro Rojo cuenta con



uno en las afueras de Valencia y con varios en toda la región. Asimismo, la Federación de Pioneros se ha encargado de organizar otras Guarderías infantiles.

El «Hogar Infantil del Socorro Rojo» de Valencia está organizado desde los primeros días del movimiento. En el antiguo asilo de San José de la Montaña hay ahora varios centenares de chiquillos. Es un gran edificio que estaba habitado por ochenta y tres monjas encargadas del cuidado de veintiocho niños. Cuando se incautó de él el S. R. I., los alojados subieron a doscientos niños. Después los



primeros fueron repartidos por los pueblos para dar cabida a otros niños... y así sucesivamente de tal manera que por el Hogar infantil han desfilado millares de niños evacuados de casi todos los lugares de España.

En el Hogar infantil no falta de nada. Tienen jardines y huertos, con vacas, borregos, gallinas, patos, palomas... que se han familiarizado con los niños y pasan juntos muchas horas del día.

LA «MADRECITA» Y LOS CUATRO NIÑOS DE ARGELIA

Los niños alojados en el Hogar infantil cuentan la misma historia que todos. El padre en el frente y la madre trabajando para la guerra.

En el Hogar hay varios hijos de periodistas que han muerto como milicianos en distintos frentes. Casi todas sus familias están en Madrid; otras en Almería, donde fué ordenada su evacuación. En el camino, la aviación fascista bombardeó el tren cargado de evacuados. Y los niños tuvieron que volver a la capital de España para trasladarse a Valencia y desde aquí a Almería. Son diez chicos de tres a siete años. La mayor tiene doce años y cuida de todos ellos. «Madrecita», le dicen los chiquillos cuando

necesitan alguna cosa. Y «madrecita» es para todos ellos. De mayor edad que los otros, ha sentido más profundamente la crueldad del fascismo y su odio a él se traduce en esta asis-

tencia cariñosa a los huérfanos de los periodistas.

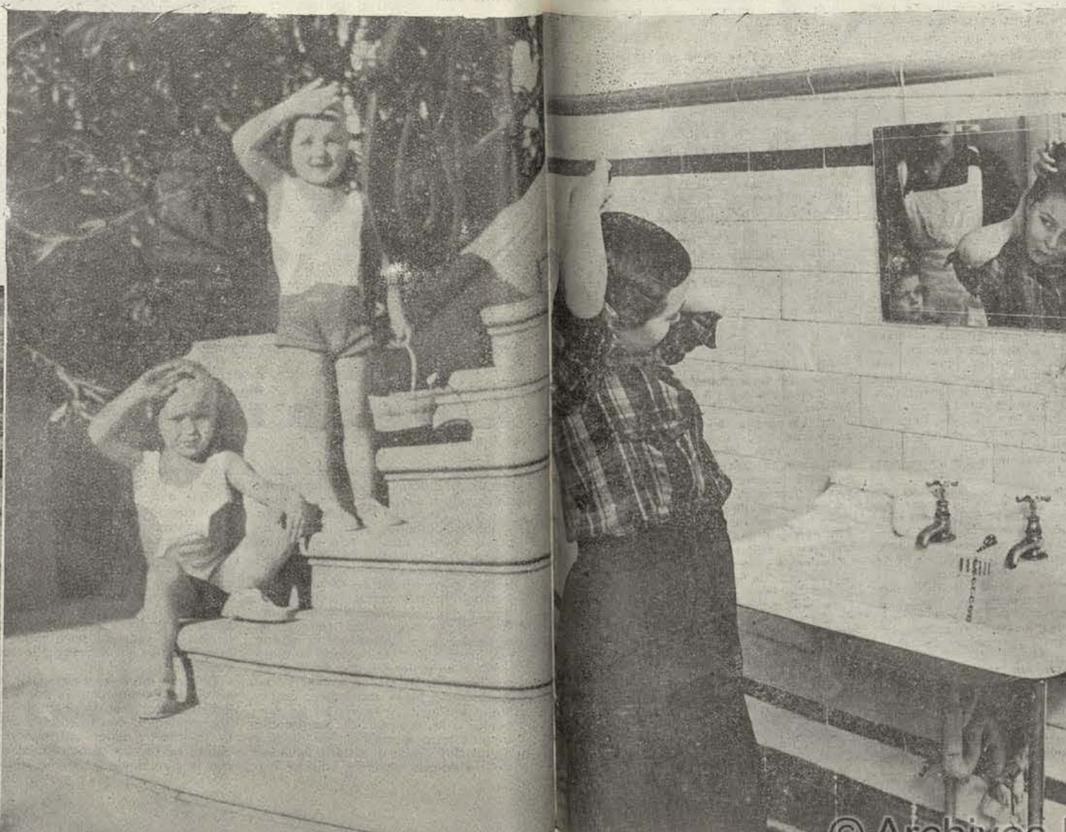
En el Hogar Infantil del Socorro Rojo hay también cuatro niños de Argelia. Apenas saben hablar el español. Su madre y su padre son milicianos. Cuando nosotros visitamos la Guardería están hablando en francés con sus hijos. Se despiden cariñosamente de ellos y según se alejan, la mirada de los padres y de los niños sigue enlazada como la charla. Después... los chicos salen corriendo al patio donde juegan los otros. Y con un chapurreado español participan de los gritos y de la alegría de los demás.

ASI AYUDA VALENCIA A MADRID

A través de su solidaridad práctica con el envío de víveres y ropas y de la cariñosa acogida a los evacuados, Valencia ayuda a Madrid y participa de la guerra. De ella les hablan las caravanas de los evacuados, de ella les hablan los niños que correetan en los pueblos de Levante.

La rica región entrega pródiga sus víveres y sus hombres para la guerra contra la invasión extranjera del fascismo. La solidaridad levantina es tan extensa que llenará páginas y páginas en la historia de nuestra lucha. En ella también hay rasgos de heroísmo y de sacrificio. Los antifascistas levantinos, especialmente los trabajadores de la tierra, laboran horas extraordinarias para el abastecimiento de los frentes de guerra mientras que en sus casas dan cobijo a estos niños, de los cuales se espera todo para la construcción de la verdadera España grande.

García ORTEGA



LA ESCOBA

Un viejo hechicero que vivía en un extenso bosque, solía ir de cuando en cuando al pueblo, para ver allí a los hombres, examinar lo que hacían y premiar a los buenos y castigar a los malos.

Cierta día, en lo más riguroso del invierno, se dirigió al pueblo una vez más. Pero aquella noche había caído una violenta helada, y como la calle estaba cubierta de hielo escudizado, el viejo hechicero resbaló, se cayó y se dislocó un pie. El cayado se le escapó de la mano y se deslizó por el hielo a tal distancia, que el hechicero no lo alcanzaba. Allí quedó tendido el pobre hombre, gimiendo y sin poderse mover.

Era ya de noche; densas sombras envolvían las casas y la calle estaba desierta.

El hechicero se quedaba helado en la fría tierra y miraba apurado a todas partes, por si acudía alguna persona que pudiera socorrerle.

Finalmente oyó a lo lejos que crujía la nieve, y no tardaron en llegar por la calle tres muchachos.

Muy delante venía, con traje de terciopelo y cálido abrigo de pieles, y con un bastón de puño de plata en la mano, Melchor, el hijo del labrador más rico de los alrededores. Detrás de él iba, vestido de ropa fina y helándose, Francisco, el hijo del maestro de escuela; y el último, que avanzaba con paso lento y fatigado, era Carlos, que no tenía padre ni madre y trabajaba como un pobre jornalero.

Cuando Melchor vio al hechicero tendido en la tierra, empezó a reírse fuerte y exclamó con tono de burla:

—Contra el resbaladizo hielo no hay conjuros que valgan. ¡Quédate ahí tendido, pobre loco! Cuando mi padre tuvo el pleito con el criado, tú declaraste contra él. Ahora me las pagas todas.

Y rompió a reír tanto, que se le estremecía todo el cuerpo.

Pero Francisco suspiró hondo y dijo, con voz compasiva:

—¡Pobre viejo! ¡Cómo lo debe de atormentar el frío! ¡Qué mal hacen los aldeanos que no echan ceniza en la calle para que no ocurran estas cosas! Y el desdichado ha perdido su bastón.

Inclinóse, cogió el cayado y se lo puso en la mano al hechicero. Luego se apartó un poco, miró emocionado y triste al pobre hombre y volvió a suspirar.

Y Carlos, sin pronunciar palabra, levantó al hechicero y después le dijo:

—Te voy a llevar a casa, pobre hombre, pues no podrás andar sin apoyo.

Y acompañó hasta su choza al hechicero, que cojeaba.

Al día siguiente apareció en el pueblo la hija del hechicero y buscó sucesivamente a los tres muchachos. Y a cada uno de ellos le llevó algo.

A Melchor le dió una moneda de oro, diciéndole:

—Esto te envía mi padre, en agradecimiento de tus malas palabras.

El rico aldeano se rió y alegró mucho al tomar la moneda de oro. Pero luego pensó:

—Si el viejo loco, a mí que me he burlado de él, me envía una moneda de oro, ¿cuántas monedas habrá mandado a Francisco, que le dió el bastón, y sobre todo a Carlos, que lo condujo a su casa?

Y ya la moneda de oro no le alegraba. Cada vez que la miraba no podía menos de pensar:

—No tengo más que una. ¡Si tuviera diez, veinte, ciento, mil!

A Francisco le dió la hija del hechicero una pluma, diciéndole:

—Esto te envía mi padre, en agradecimiento por tu compasión.

El hijo del maestro miró asombrado la pluma, pero como era un muchacho modesto que no esperaba ninguna recompensa, dió cortésmente las gracias y puso la pluma en un manjuelo.

A Carlos le dió la hija del hechicero una gran escoba, diciéndole:

—Esto te envía mi padre, en agradecimiento por tu ayuda.

Carlos contestó:

—No es menester que me agradezcan nada. Cuando un hombre necesita auxilio, yo le ayudo.

Y quiso devolver la escoba. Pero la hija del hechicero había desaparecido ya, y Carlos arrimó la escoba un rincón y no volvió a pensar en ella. El viejo hechicero era un mago auténtico y poderoso, y también sus dones tenían fuerza mágica. Pronto habían de verlo los tres muchachos.

Cada vez que Melchor miraba el oro, exclamaba para sus adentros:

—¡Más oro, quiero más oro! Todo lo demás me es igual. ¡Oro, sólo oro!

Y cuando murió el viejo aldeano y Melchor heredó su fortuna, sólo pensó en amontonar oro y más oro cada día. Daba a sus criados unos salarios mezquinos y los obligaba a trabajar como perros; engañaba a viudas y huérfanas, comprándoles la cosecha por adelantado; así, su granja era cada vez más grande y sus establos estaban cada vez más llenos de vacas y caballos, pero él no conocía alegría ni descanso, pues quería oro, cada vez más oro. Finalmente oyó hablar de un país, muy al Norte, donde se encontraba oro en la tierra. Soñaba día y noche con aquel país maravilloso; se representaba el oro que escupía la tierra, tanto que no había cajas ni baúles bastantes para contenerlo. Vendió la granja, se encaminó al Norte y se convirtió en buscador de oro.

Pero no tuvo suerte. El compañero con quien compartía la choza hallaba oro en la tierra, pero Melchor sólo encontraba piedras. Entonces el afán del oro llegó en él a la locura. Se olvidó de todo; se olvidó de la fide-

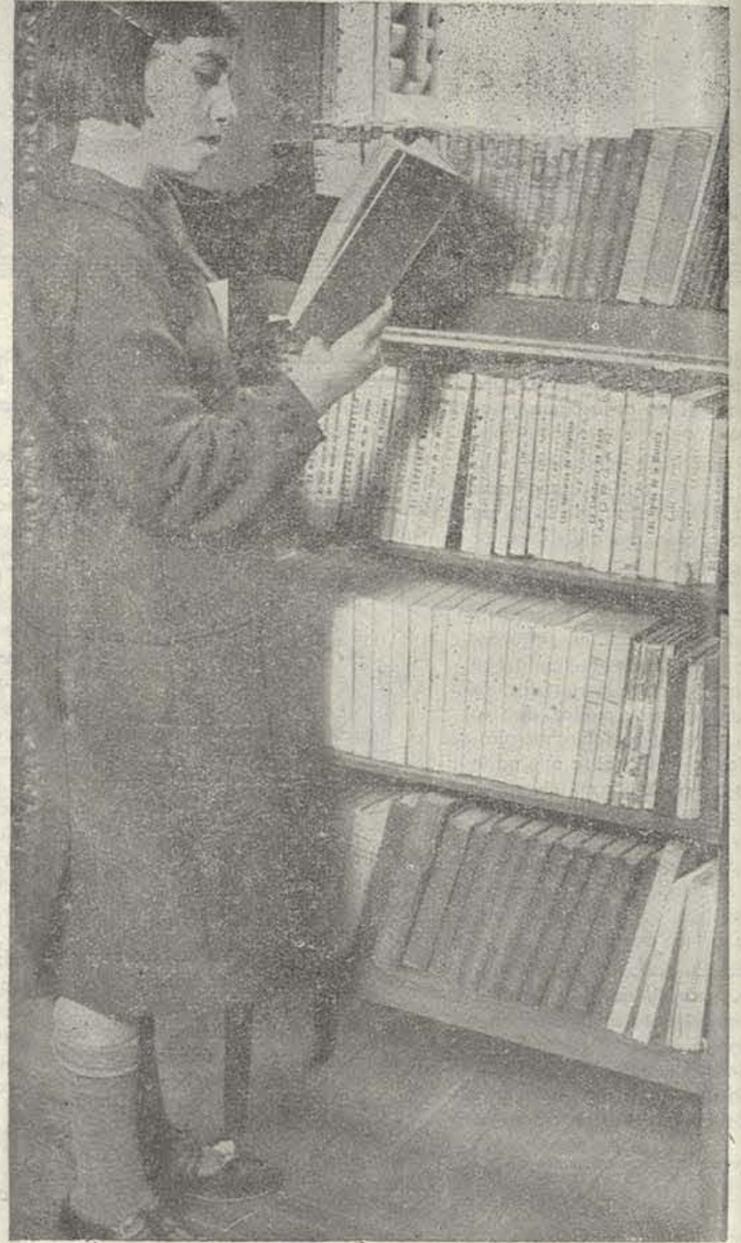
lidad con que lo había cuidado su camarada cuando estuvo enfermo y de la fraternidad con que había partido lo suyo con él en los tiempos malos. Y una noche intentó robar el oro a su compañero. Pero éste despertó. Los dos hombres lucharon, y cuando Melchor sacaba un cuchillo para matar al otro, éste le dió un golpe en la cabeza con un lingote de oro, y Melchor se desplomó en tierra muerto.

A Francisco le ocurrió otra cosa. Fué a la ciudad para estudiar, y se llevó consigo la pluma del hechicero, que estaba aún sin usar, porque Francisco tenía que ahorrar mucho, pues era pobre. Un día tomó la pluma para escribir sus temas. Pero en lugar de números salían palabras, y la pluma escribía y escribía. Dos carillas enteras escribió, y cuando se detuvo y Francisco leyó lo escrito, vió que era una hermosa poesía sobre los sufrimientos de los pobres y la maldad de los ricos, una poesía que sólo podía leerse con voz preñada de lágrimas y suspiros. Un periódico la publicó, y cádate a Francisco poeta. Muchos, muchísimos años lamentó en bellísimas palabras los males de los pobres, e invitó a los ricos a aliviarlos. Pero los males de los pobres siguieron lo mismo, sin que los aliviaran los ricos. Hasta que por fin un día los pobres empezaron a imponer orden, y ya no fué ocasión de escribir palabras bellas para lamentarse, sino de obrar. Entonces el pobre Francisco, que se había pasado la vida escribiendo y suspirando, no supo qué hacer. Cogió la pluma del hechicero, y escribió, para darse ánimos, la palabra "acción". Al hacerlo se le rompió la pluma, y Francisco empezó a llorar y huyó a una alta montaña, donde acabó su vida como ermitaño.

Réstanos hablar de Carlos y del extraño don del hechicero: la escoba.

Era una escoba verdaderamente notable. No bien ocurría algo injusto cerca de ella, empezaba a refunfuñar: "¡Barred, barred!" Carlos oía estas palabras muy a menudo, y empezó a meditar mucho sobre ellas. Contempló el mundo; vió cuántas cosas necesitaban ser barridas y cuántos hombres que viven ociosos del trabajo de los demás no son otra cosa que polvo y basura. Y entonces tomaba a veces la escoba, la agarraba fuerte, y prometía no descansar un instante hasta haber ejecutado el barrido. Entretanto, él también abandonó el pueblo; recorrió como obrero muchos países, y en todas partes encontró ocasión la escoba de refunfuñar sus palabras. Y también Carlos reconoció, cada vez más claro, cuántas injusticias hay en el mundo, cuán oprimidos están los que trabajan y cuán suntuosamente viven los ociosos. Pero también se dió cuenta de que las bellas palabras y las lamentaciones no sirven de nada, porque la injusticia debe barrerse con mano firme.

Y dondequiera que iba llevaba con-



sigo la inteligente y fiel escoba. Pronto se acostumbró a repetir a sus camaradas la palabra de la escoba, y ellos vieron también que la escoba tenía razón y que había que obrar siguiendo sus órdenes.

Y ellos difundieron, a su vez, las órdenes entre sus camaradas, que las repitieron a los demás; de suerte que no tardaron en sonar por todo el universo.

Y como la injusticia llegara a ser demasiado grande en el mundo, se levantaron todos los que conocían las inteligentes palabras de la escoba y las

sabían de memoria. En un país consiguieron barrer todo lo injusto y toda la inmundicia y crear un mundo nuevo y puro, y Carlos estuvo también allí con su escoba.

Pero en otros países los pobres están todavía ocupados en atar la escoba que ha de barrer toda la inmundicia. Y ya se está en tiempo de empezar a barrer, pues de lo contrario la porquería se amontona a la altura de una montaña y amenaza a los hombres con enterrarlos.

HERMINIA ZUR MÜHLEN

El fugitivo más pequeño que se ha presentado a nuestras filas

Llegó a nuestras líneas con el terror reflejado en los ojos. Unos campesinos que, como tantos, huían del horror de Córdoba, le encontraron, a medianoche, tiritando de frío, a pocos kilómetros de la ciudad.

En su delantalillo—pulcro y rezucado—destaca la insignia de un Grupo escolar cordobés. Aquellos que fundó la República y ahora el fascio utiliza para cuartel de sus mesnadas.

Debe tener ocho años. Mas apenas representa seis. Es, por tanto, el fugitivo más pequeño que nos llegó.

Está flaco y desmedrado. Sus piernas parecen sostenerle por un milagro de equilibrio.

Rodeado por todos, al halago de nuestras caricias, sólo sabe abrir sus grandes ojos de meridional, intentando comprender dónde se halla.

Un miliciano, al recoger para el relevo su fusil de un rincón, le hizo lanzar un grito de espanto.

Y no volvió a tranquilizarse hasta que le vió desaparecer.

Los camaradas del Socorro Rojo le trajeron leche y pan tierno, que devoró ansioso, con ansia de hambriento.

En seguida sus mejillas comenzaron a colorearse. Y sus ojos a brillar. Volvimos al asedio con nuestras preguntas. Al fin, nos dijo su nombre. Intimo y escueto: Curro.

Y entre sueños, vencido por el cansancio, reveló, medio entre dientes,

con esa graciosa acentuación de los niños andaluces, la clave de su tragedia: «Papá fusilado; mamá también...»

Y se quedó dormido.

Ne volví a ver a Curro. Hoy me lo encontré—hecho otro «hombre»: contento, barnizado por el sol—en la Guardería infantil que nosotros, «la canalla roja», acabamos de establecer.

Porque todo, idea y práctica, son netamente marxistas. Eduardo Blanco y Azorín la han llevado a cabo. Un poeta y revolucionario—Pedro Garfias—puso su pincelada de ternura. Que ha dado luz de humanidad a esta mansión de huérfanos de guerra, donde hallan cobijo todos cuantos tuvieron la desgracia de perder a sus padres. En la absoluta acepción del concepto.

Por eso esta mañana vi a mi «amigo Curro»—que ya comienza a olvidar que fusilaron a «papá» y «mamá»—correteando feliz entre los bosques de naranjos.

A su lado—compañero de juego—, otro compañero retozón y travieso: es el hijo de un fascista, a quien la justicia del pueblo no tuvo más remedio que eliminar.

Fernando F. REVUELTA



Cómo han sido evacuados los niños de las zonas de guerra

El trabajo realizado por la Federación de Pioneros

ATENDIENDO A LOS FRENTE DE GUERRA

Desde los primeros momentos sentimos el deber de recoger a los niños de los lugares expuestos a los peligros de guerra. Es una preocupación natural en cualquier contienda, que en ésta adquiere los caracteres de necesidad imperiosa, a causa de la sapientísima táctica que consiste en bombardear los pueblitos que no son objetivos militares. No se podía dejar a los niños, en los pueblos cercanos a los frentes, expuestos a ser ametrallados por los sabios estrategas que Hitler enviaba a los facciosos.

Y ahí están los pueblos y las aldeas de la Sierra, recorridos sin dejar uno por los dirigentes de nuestra Federación. Igual se pueden citar otras zonas cercanas a los frentes. Y como final Toledo, con sus niños evacuados un día antes de la entrada de los que remataron a los heridos de los hospitales. Navalcarnero, evacuado sistemáticamente, y, como remate y glorificación de un trabajo, Madrid, que merece ser tratado aparte.

De todos estos lugares se recogían niños. Pero es claro que el trabajo no era ese solo. Paralelo a él, se tuvo que realizar otro en Madrid: la creación de guarderías, residencias, escuelas, lugares en que a esos niños recogidos en las peores condiciones de vida se les diese el alimento y la educación que sus padres, por estar luchando en el frente y por formar parte del pueblo español, nos exigían moralmente. Hoy ha sido necesario dejar sin niños nuestras guarderías. Lo decimos con un poco de pena, pero tenemos la satisfacción de saber que aquella tarea la realizamos plenamente. Aún hay en Madrid edificios nuestros que no esperan otra cosa que el retorno de los niños. No son todos. Algunos han sido destruidos por la aviación fascista. Mas los que quedan dicen mucho de nuestro trabajo y de nuestro tipo de educación.

LAS PRIMERAS EXPEDICIONES A LEVANTE

El Buró Nacional de Pioneros vio claramente que Madrid no era una verdadera retaguardia, por su situación geográfica y porque una de las bombas que lanzaron los aviones, que una noche hicieron su primera descarga, cayó muy cerca de una de nuestras guarderías, resquebrajando las paredes. Era ya una promesa.



De nuevo nuestros dirigentes recorren España. Esta vez no es a recoger niños. Es a organizar las guarderías y residencias en Valencia, en Alicante, en Barcelona, en Murcia. A apartar a los pioneros de un lugar que empieza a ser peligroso.

Y cuando se estaba organizando, pocos días después, he aquí que el frente se acerca a Madrid, hasta el punto de hacer precisa la evacuación no sólo de los niños de las guarderías, sino de los pioneros madrileños y de

la mayor parte de la población infantil.

En estas condiciones, acordamos la evacuación de los niños que teníamos refugiados en Madrid. Son los primeros que salen a las guarderías organizadas en Valencia los de Los Madrazo y los de los Viveros de la Villa.

Después, en los trenes que organizó el Ministerio de Instrucción Pública, sale diariamente un tanto por ciento de pioneros, según acuerdo. Se va sembrando de niños con pañuelos rojos la Huerta valenciana.

UNA EXPEDICIÓN ALEGRE Y TRIUNFAL

En este camino la Federación de Pioneros organiza una expedición que ha de continuar su labor de entrega de niños a los pueblos levantinos. Parten más de setecientos niños, distribuidos en quince autocares, con sus responsables, muchachas maestras en su mayoría. Fué una expedición alegre aquélla. No hubo en ella llantos ni despedidas tristes. Los autobuses, alineados en los andenes del Hipódromo, se llenaban organizadamente de pioneros, que por sus grupos iban ocupando los sitios destinados de antemano. Fué una marcha triunfal. Por todas partes eran obsequiados. Existía la alegría de que, a pesar de la evacuación y a pesar de todo, los niños nunca habían estado tan bien tratados como lo estaban ahora.

Y fué una marcha triunfal, porque un film impresionado por operadores rusos ha recorrido toda la Unión Soviética, mostrando a los trabajadores de la U. R. S. S. la partida de los niños, la caravana de autobuses, la forma en que la Federación de Pioneros de España sigue la ruta de atención al niño y el tipo de educación seguido por la Federación de Pioneros de la U. R. S. S.

Hoy los Pioneros rusos han regalado una bandera a la Federación Nacional de Pioneros, como galardón por la labor realizada.

LA EVACUACIÓN EN SU CAUCE

Después... La evacuación sigue su camino. Organizadamente, salen los tres mil niños de las residencias. Comienzan a salir pioneros y niños sin organización. Hoy, 24 de diciembre, al hacer este pequeño balance de trabajo, puedo asegurar muy bien que pasan de diez mil los niños evacuados por la Federación Nacional de Pioneros, que en estos momentos se puede decir dirige la evacuación infantil de Madrid.



Se dirige a las casas de vecindad a convencer a las madres reacias a que sus hijos salgan de Madrid; recoge a los niños de la calle; es una eficaz ayuda al Ministerio de Instrucción Pública y a la Junta de Protección de Menores, que le confían niños para su evacuación.

Al comienzo del movimiento, cuando todavía gran parte de sus dirigentes estaban con un fusil en la mano, dedicados a otras actividades, un grupo de obreros se incautó del edificio, viejo colegio de los Maristas, que ofreció a la Federación de Pioneros.

Era un caserón viejo, feo y triste, pero sirvió para reorganizar el trabajo, y pronto se llenó con la alegría de los niños. En él se instaló la primera guardería infantil de la Federación de Pioneros. Fué necesario limpiar todo. Pintarlo. No era momento de desperdiciar fuerzas. Había que inaugurar la guardería el día 1 de agosto. Y se inauguró. Después vinieron muchas más, hasta veinticinco; hubo escuelas, se contó con mejor material escolar, mas Los Madrazo continuó como una muestra de lo que se logra con el trabajo.

Al evacuar los chicos, el caserón sirvió para tener transitoriamente a los que habían de ser evacuados. Allí se organizaron gran número de expediciones, entre ellas la que he mencionado antes.

A Los Madrazo llegaron un día los niños de una residencia de Carabanchel que no habían podido ser evacuados. Allí tuvieron su refugio hasta el momento de salir a Alicante. Era tiempo; al salir de Carabanchel el último autobús, cayó una bomba a pocos pasos.

Se continuaron organizando expediciones en Los Madrazo. Hace unos días, la aviación facciosa ha destruido el edificio de Los Madrazo.

Es un símbolo. Marca una etapa de nuestro trabajo, que es muy bueno y que nos llena de satisfacción, pero que aún hemos de superar, hasta que no quede un solo niño por evacuar de las zonas de guerra.

JORGE JOSÉ RENALES,

Secretario general de la Federación Nacional de Pioneros.

LOS NIÑOS EN LEVANTE

No sólo se preocupa de evacuar. La Federación de Pioneros atiende también a los niños que ha evacuado. En Barcelona, Tarragona, Valencia, Alicante, hay guarderías infantiles de nuestra Federación. En gran número de pueblos a los que se han llevado niños se organizan guarderías y escuelas. A partir del primero de año, con el reparto de nuevos carnets y con la publicación de nuestro periódico y nuestros folletos de educación para niños y dirigentes, lograremos aumentar extraordinariamente el número de niños afiliados a la organización. Puedo asegurar que entre ellos podremos contar a todos los evacuados por nosotros.

Baste recordar que tendríamos diez mil pioneros en Madrid al comenzar el movimiento fascista, y que hoy pasan de veinte mil. Trabajando de esta forma y con esta intensidad lograremos—estamos seguros de ello—ser la mejor y la única organización infantil en España, como lo hemos logrado en Madrid.

Un sistema de tarjetas, editadas por la Federación, dentro del Ministerio de Comunicaciones, nos va a permitir relacionar rápidamente a los niños con sus familias que estén en Madrid o en el frente.

LOS MADRAZO, 17: UN SÍMBOLO

Para terminar quiero referirme a algo que puede ser un símbolo para la Federación de Pioneros y su trabajo. Se trata de la casa de la calle de Los Madrazo donde estuvo hasta hace poco la Casa central de los Pioneros.

Por ella ha pasado todo el trabajo de Pioneros durante una temporada.

VISADO POR LA CENSURA





Una noche con la Brigada de Pioneros

De la Casa central de Pioneros salen a diario compañeros de las J. S. U. encargados de visitar los refugios y andenes donde se recogen las familias, sobre todo después de que sus casas o su barriada han sido bombardeadas. Salimos una de estas noches con la Brigada de Pioneros que realiza este servicio.

Una joven socialista marcha delante. Tiene edad y voz de niña, y seriedad y gafas de maestra. Pasa a lo largo de los grupos de un andén, mientras otros compañeros trabajan en otro. Las familias duermen, en grupos, separadas sólo por unas pulgadas de piedra entre colchón y colchón.

Decidimos sacudir al hombre de la primera familia. Entre él y su mujer duermen seis niños de dos a diez años. Es un hombrecillo ágil, de mirada alegre.

—¡Qué más quisiera yo!—dice—. Pero no hay medio de sacarlos de aquí. Las bombas nos han tirado la casa. Desde entonces, cada vez que suben a la boca del Metro y oyen el ruido de un motor, vuelven a bajar llenos de miedo. A ver si vosotros convencéis a mi mujer.

La mujer es difícil de convencer. Dice que por todas partes andan los aviones negros. Le han dicho que también en Valencia y en Cataluña bombardean. Esta noticia ha cundido, agrandada por la imaginación aterrizada, por todos los refugios.

Vamos a otro grupo. Buscamos las familias numerosas con preferencia. Acepten el ofrecimiento o se nieguen, les dejamos un papel con las señas de la Casa de Pioneros; acaso reflexionen al día siguiente y se decidan a enviar allí a sus niños para ser evacuados.

—¿Tenéis niños mayores de tres años para ser evacuados? La pregunta no sorprende a la mujer, que permanece sentada, calceteando, mientras sus tres pequeños duermen. No tiene hombre. Su compañero se ha ido al frente. No sabe nada de él.

—¿Mayores de tres años? No. El mayor es éste, y tiene tres años

menos tres meses. Los otros, un año cada uno.

Nos mira con aire bondadoso y sonríe amargamente. Luego sigue calceteando.

Ahora decidimos despertarlos a todos, sean muchos o pocos. La que sigue es una familia de tres: padre, madre y un niño. El padre duerme.

—Está enfermo desde hace tiempo—nos dice su compañera.

El chico tiene también aire de enfermo. Este aire del andén, el mal alimento, la nerviosidad producida por la guerra, han agravado su estado. Pero ella no se desprenderá de su hijo.

—No tengo más que éste—dice—. Me muero si mando mi hijo fuera.

Es preciso hablarles con razones más claras para convencerles. La hora es, por otra parte, intempestiva; pero es la mejor para cogerles allí.

Damos con una mujer que tiene una niña en brazos. Dice que ya mandó otra a Cataluña, y que su marido ha sido muerto en el frente. No se desprenderá de ésta. ¿Qué hará luego sola en Madrid? Aquí venía a caso la historia de la madre que mandó dos hijos a Valencia y se quedó con un tercero por no permanecer sola. En los últimos bombardeos la metralla la dejó sola, de todos modos...

Terminamos por convencerla. Le entregamos el papel con el sello de la Casa de Pioneros. Nos dijo que al día siguiente llevaría a su niña, de seis años, a Fortuni, 51. Salvemos, ante todo, el tesoro de la sociedad futura.

En el otro andén nos dirigimos de plano a la familia más numerosa. Están todos despiertos: ocho en número. No somos los primeros en ir «a darles la lata» esta noche. El padre está de un humor sombrío. Calla. La madre alza la voz.

—Lo que sea—nos dice—sonará. En todas partes tiran bombas...

Dice que está curada de espantos. Acostumbrada a la mise-

ria toda la vida, se ha acostumbrado también a la guerra. Bombas y obuses les perseguían desde hace tiempo. Ultimamente la habían sacado con su hija de debajo de los escombros.

—¿Por qué no mandáis los niños a Francia? En España el peligro les seguirá a todas partes.

Este razonamiento no lo hallamos más que en una mujer. Para ella Francia es el país de la seguridad.

La penúltima familia del andén es la más numerosa. Seis hijos, el mayor de once años. El padre duerme y tose. La madre aguarda, con los ojos fijos en el vacío. Nos escucha y mueve negativamente la cabeza, sin contestar. Despertamos al padre; la tos le ataca más duramente.

¿Mandar sus hijos fuera? ¿Y a quién? Que le den un cuarto donde recogerse. Es todo lo que pide. Está enfermo. Cada día se siente peor. La madre tiene también mal aspecto. Se siente peor cada día. El aire del Metro le ha sentado mal. Que les den aunque sea un pedazo de cuarto.

Se tapa la cabeza y sigue tosiendo. La mujer coge las señas y observa los sellos de la Casa de

Pioneros, con los ojos fijos, sin pestañear. Al fin contesta:

—Mañana se lo diré a mi compañero, a ver qué decide...

La Brigada de Pioneros les inspira confianza. No va con carácter autoritario, ni simplemente protector. Hay en estos compañeros jóvenes una simpatía sana y deportiva, que atrae a las criaturas aterrizadas de los refugios. Es la llamada a mundos más claros.

—Que no, compañero. Donde muera yo que mueran mis hijos.

—Eso es criminal. Tú no tienes derecho a disponer de la vida de tus hijos. La sociedad futura los necesita para su desenvolvimiento.

—Todo eso está muy bien dicho; pero es que a veces se cree una cosa y es otra. Si fueran seguros... Aquí tengo yo a mi mujer, que está enferma. ¿Qué más quisiera yo que me la llevaran donde me la tuvieran bien conservada?

Y la aprieta mucho contra sí. Los pequeños les rodean agarra-

dos a ellos. Pero, al fin, este hombre se deja convencer. Ha entablado diálogo, ha dado pie a la explicación. Al principio sólo decía:

—Que me den una «chabolilla» para meter a mi mujer y a mis hijos. Yo trabajo en las fortificaciones; ya me cuidaré de llevarles algo de comer.

Luego se decide a desprenderse de mujer e hijos:

—Si es como vosotros decís, llevadlos. ¡Que la suerte les acompañe!

En vez de particulares, a veces son niños de la Inclusa. Cuando esto ocurre, hay que bautizarlos. Recientemente trajeron los de la Inclusa de Toledo. A los varones se les pusieron los nombres de los jóvenes de la Brigada; a las hembras, nombres de flores (Magarita, Rosa, Dalia, Azucena...). De apellido se les puso a todos Octubre. El apellido Octubre será en el futuro un signo inconfundible de nuestra lucha.

Lino NOVAS CALVO

